

cho de haberle señalado el tiempo la necesidad de su advenimiento al Poder.

Esta renuencia se concibe, pues el principio destructor de la Revolución, animado en su origen por ideas y miras de suma trascendencia, no tarda en degenerar en una fuerza exclusivamente brutal. Embriagados por el vértigo que produce la misma destrucción, los hombres exaltados llegan á confundir el medio con el fin, olvidan que si destruyen es solo porque se oponen los elementos del Pasado al establecimiento de los del tiempo presente, y se vuelven enemigos acérrimos de todo movimiento nacional que tienda á entonar la autoridad pública, á reconcentrar todas las fuerzas dispersas por el desenfreno de las pasiones y aplicarlas á la reedificación del cuerpo social.

De aquí resulta, que cuando en el desarrollo de la Revolución se robustece el principio destructor hasta el grado de sofocar completamente al elemento de reedificación social, desaparece una desgraciada nación en las garras de la demagogia enloquecida, la cual no tarda en sepultarse á sí misma bajo las ruinas que se ha complacido en amontonar.

El pueblo francés tuvo la gran dicha de encontrar oportunamente el principio reedificador en el genio inmortal del Primer Consul quien, inspirado por la conciencia nacional y sostenido por la fuerza física de un ejército moralizado y triunfante, puso un dique al ascendiente y mortal progreso del torrente devastador y encadenó la hidra insaciable de la anarquía. Así solo

pudo consumarse la Revolución, consignándose sus principios reformistas en el código Napoleón santuario de los derechos y de las garantías del pueblo francés, monumento elevado á la posteridad como gage de unión entre los hijos de una gran nación, reconciliados, en fin, bajo la égida protectora de la triunfante Reforma.

Pero alejémonos del espectáculo imponente y tan fecundo en consecuencias generales que presenta la Revolución francesa cuyos resultados conquistaron al pueblo que la consumó el derecho de marchar á la vanguardia de la civilización moderna, volviéndose, por decirlo así, el cerebro de la humanidad.

Volvamos la vista hácia nuestra patria, mas cara para nosotros en el colmo de su desgracia que todas las demas naciones del Universo en el zenit de su gloria.

Hemos invocado los recuerdos de la revolución social de la Francia por ser ésta la fuente de donde proceden las reformas inauguradas últimamente en la República Mexicana.

Con los antecedentes que nos ha proporcionado ésta digresion podremos seguir de frente considerando, á la luz de la historia, las transformaciones de nuestra sociedad, subsecuentes á su emancipacion política.

Así como la imprenta propagó en Europa las luces y abrió los ojos al pueblo, la Independencia abrió en México las puertas al Pensamiento y propagó paulatinamente los conocimientos que

habían tanta superioridad á las sociedades de ultramar.

Mas, al principio, siguiendo nuestro país una marcha algo parecida á los primeros pasos inciertos de la propaganda democrática en Europa, el génio tímido aun de nuestros hombres de Estado, al adoptar la forma republicana para nuestro gobierno, no pudo desprenderse de las preocupaciones consiguientes á la primera educación y rindió homenaje á la omnipotencia clerical, á la preponderancia de las clases privilegiadas.

Pasó la generacion timorata y no tardó en aparecer otra mas dócil á la voz del Progreso, otra mas imbuida en los principios de la moderna civilizacion.

Ciertas exigencias sociales llegaron á ser sentidas si no de todos los ciudadanos en general, sí de una fraccion muy respetable, y las masas, así como habían combatido por la Independencia obedeciendo á un instinto de libertad, se prepararon á combatir de nuevo, por la Reforma, obedeciendo á un instinto de justicia.

Treinta y cuatro años de inestabilidad política habían manifestado de bulto nuestra defectuosa organizacion social.

Cambiabanse los gobiernos, sucedianse en el Poder los hombres, pero enarbolando cada vez el mismo estandarte, siguiendo con pocas é insignificantes variaciones el sistema político anterior.

En fin, en 1855, los preceptos de la Revolu-

cion vieron la luz primera en el terreno de la práctica.

Triunfantes los principios proclamados en Ayutla, los caudillos de este movimiento nacional, después de haber vencido el mas ominoso despotismo militar, rasgaron, por primera vez, el velo del oscurantismo que tres siglos y medio presentaban á la veneracion pública como un baluarte inexpugnable basado en la conciencia religiosa y defendido por intereses formidables.

Destruido este obstáculo, el pueblo mexicano pudo descubrir el nuevo y halagüeño horizonte de su emancipacion social.

La victoriosa espada de Ayutla había cortado la venda nacional que interceptaba la luz de la Reforma, esa venda que tantos odiaban, tantos maldecian, pero que nadie se había atrevido á arrancar.

Desde ese momento quedó inoculada en México la esencia misma de su gran revolucion reformista.

Llegamos á una de las épocas mas críticas y notables de nuestra historia nacional, á una época decisiva de transicion social y, en vista de lo que ha llegado á ser nuestra sociedad, sin exagerar el estado de su presente ilustracion, no podemos menos de admirarnos al considerar el camino inmenso que ha recorrido en el corto espacio de treinta y cuatro años.

Esta marcha tan rápida en la senda del Progreso ha sido debida á la extraordinaria precocidad intelectual de nuestros pueblos que pare-

cen, en este respecto, obedecer á la misma ley que desarrolla en tan poco tiempo nuestra exuberante vegetacion.

En 1821, el pueblo mexicano estaba aun sumergido en las tinieblas del fanatismo y de una ignorancia completa.

En 1855 lo vemos enarbolando el estandarte de la Reforma y sintiendo ya la necesidad imperiosa de su influencia en la sociedad.

No se crea, sin embargo, que en ésta fecha, destruidos en su mayor parte los intereses y las resistencias del Pasado, presentabase fácil y seductora la transformacion de la sociedad mexicana.

Poderosísimo el elemento defensor de los principios establecidos, preparabase terrible y encarnizada la lucha entre ellos y los de la indomable Revolucion.

Presentabase el Pasado con iracundo aspecto, fuerte, amenazador, impaciente de trabar la lucha. Dabanle una confianza ciega en su triunfo no solo la fuerza moral de principios que durante trescientos cincuenta años habian reinado sin rival, sino tambien el poderoso auxilio de su fuerza material. Todos los elementos que constituyen la vitalidad de una organizacion poderosa, basada en el clero, en el ejército y en la aristocracia desafiaban á la tempestad.

El elemento popular, en contraposicion, hacia oír aquel sordo clamor por el cual anuncia su emancipacion social. Colocado ya en la senda de la Reforma, parecióle tan atractiva, que ansiaba recorrerla toda en un dia, si posible fue-

re, é iniciar de una vez el primer periodo de la Revolucion, el periodo triste pero necesario de la *Destruccion*.

El elemento popular, en este caso, obedecia á un ciego pero natural instinto de lógica superior á las mejores combinaciones humanas que trataben de regularizar una marcha que por su carácter tiene que ser desordenada, violenta y aterradora.

En estos primeros pasos de nuestra reforma social vemos una notable analogía con los que dió á su principio la Revolucion francesa.

Los hombres que inauguraron á ésta, y entre ellos el gran Mirabeau, al ver el abismo en que iba á hundirse la Nacion, retrocedieron espantados, desconocieron el carácter noble y filosófico que habian impreso á la Revolucion y quisieron contener á ésta en su marcha desordenada.

Los hombres de Ayutla, tambien, iniciadores primeros de nuestra reforma social, al entrever el cuadro horroroso que resultaria del desenfreno de las pasiones, al considerar el deramamiento de tanta sangre mexicana, retrocedieron á su vez y quisieron moderar el impulso de la Revolucion.

¡Vanas ilusiones! La Revolucion no se mueve como un río mansísimo cuyo curso se cambia á discrecion, sino como un torrente impetuoso que no obedece á la voz humana y no termina su curso devastador sino al perder el impulso mágico que recibe de una potencia superior.

En vista de estas consideraciones, pálpase

cuan falsa, cuan pueril es la especie que imputa al golpe de Estado de 1857 todos los males subsecuentes de la República.

¿Como atribuir á un conato ilegal del Poder, en obsequio de la reconciliacion entre los partidos opuestos, los males que proceden del desarrollo forzoso, é inevitable de la Revolucion Social? ¿Cómo atribuirle los efectos causados por el choque de elementos formidables é incompatibles por esencia?

¿Sin el golpe de Estado, habrian enmudecido tres siglos de oscurantismo en choque abierto y decisivo con medio siglo de progresiva ilustracion? ¿habria prescindido el clero de ejercer sobre los pueblos la presion moral que los impulsaba á la desobediencia y á la insurreccion? ¿habria venido á depositar humildemente á los pies del Gobierno su hermosa y codiciada parte de reinado temporal? ¿habria entregado sus inmensos tesoros, abatido sus conventos, abandonado sus fueros? ¿habria, enfin, dejado destruir en un dia su obra de tres siglos y todo esto sin disidencia política, sin conmocion social, sin echar mano de los poderosos elementos de fuerza y accion con que podia no solo defenderse sino aun atacar con vigor?

¿Y la aristocracia, y el ejercito, y tantos sostenedores de un orden de cosas que les era tan favorable y tan productivo habrian tambien abdicado filosóficamente su supremacia social?

¿Todas estas fuerzas, todas éstas oposiciones, todas éstas resistencias se habrian disipado como el humo, habriase despejado el horizonte

político quedando limpio y sereno del todo con solo la supresion del golpe de Estado.....?

Esto seria derivar la magnitud de nuestra transformacion social de una causa demasiado mezquina, secundaria y accidental; de un movimiento político impotente por la naturaleza misma de las circunstancias en que se efectuó.

El torrente tenia que precipitar su curso; ningún poder humano podia contenerlo. La Revolucion habria abatido al gobierno de México asi como abatió al gobierno francés.

Un golpe de Estado en semejantes circunstancias es un dique demasiado debil contra el desenfreno de las pasiones: afortunado en su éxito, no hace mas que aplazar muy poco el desquiciamiento inminente de la sociedad: desgraciado, lo precipita; pero el desarrollo decisivo de la tempestad tiene que ejecutarse forzosamente sin que lo afecten de una manera radical acontecimientos tan secundarios.

El golpe de Estado de 1857 puede haber sido inspirado por los sentimientos humanitarios que hemos indicado, pero fué y debió ser impotente porque entrañaba una pretension ilusoria y exorbitante; la pretension de alcanzar el segundo período de la Revolucion, el período de la Reedificacion social, cuando aun estaba en su cuna el primer período, el de Destruccion.

Semejantes actos en política son fecundos en benéficas consecuencias cuando vienen despues de la tormenta y denotan una mano firme y resuelta á mantener por medio de la fuerza un nuevo orden de cosas que peligrá por falta

de consistencia y de acertada accion: son fecundos cuando, como el golpe del 18 brumario en Francia, destruyen á la exhausta Revolucion degenerada en espantosa anarquia é inauguran una nueva era de calma y positiva organizacion social; pero son estériles cuando quieren atacar de frente al primer ímpetu, al primer brio de la impaciente é irresistible Revolucion.

Libre pues ésta de las trabas que habian contenido su febril expansion, emprendió veloz su carrera. Desenfrenáronse las pasiones, ardió la tea de la discordia civil, arrose el hermano contra el hermano, el hijo contra el padre y por todas partes cundió la muerte, la miseria, la desolacion.

La Revolucion, dominando el estruendo de las armas, el alarido de las pasiones, el tumulto procedente de un desquiciamiento social: vencida á veces, á veces vencedora, durante tres años exclamó constante: *¡viva la Reforma!* y durante tres años el iracundo Pasado, á éste grito mágico é imperioso, constante respondió: *¡viva la Reaccion!*

A pesar de este cuadro tan sombrío que considera nuestra imaginacion adolorida, los efectos de nuestro drama revolucionario han sido incomparablemente menos funestos que los de la tempestad social que padeció la Francia.

La Providencia, que nos dió por morada este Edén del Universo, no permitió que lo profanaran las escenas de enloquecimiento humano que empañaron con manchas indelebles algunas páginas del libro de oro de aquella gran nacion.

Esta diferencia notable entre ambos pueblos, durante su tormenta revolucionaria, proviene de causas genéricas de suma importancia.

Nuestra sociedad, al proclamar el advenimiento de la Reforma, no resintió en igual grado que la Francia, los agravios y la tiranía que causaron la explosion popular de ésta Nacion. Nuestros pueblos, diseminados en una extension de territorio inmensa y riquísima, no conocen el aguijon de la necesidad que exaspera á las clases pobres de Europa, ni resienten por consiguiente la envidia que éstas profesan á las clases acomodadas. Además, la benignidad de nuestro clima tan suave, la hermosura de nuestro cielo y los encantos naturales de este suelo pátrio contribuyen á dulcificar el carácter y la ferocidad de las pasiones.

Sin embargo, nuestros padecimientos, aunque ínfimos con relacion á los de la Francia, no por eso han dejado de alcanzar un grado tal de fuerza intrínseca que se han llenado de luto todas las clases de la sociedad.

Pero coloquémonos á una altura mayor y considerémos á la Revolucion bajo su aspecto moral.

Veámosla invencible, seductora, llena de constancia y abnegacion, ora inspirando á su primera víctima el jóven y heroico Calderon, personificacion del militar sin miedo y sin tacha, ora entregando la palma del martirio á las nobles víctimas de Tacubaya. Veámosla sosteniendo la fé de las falanges liberales en un largo periodo de padecimientos sin número y de repetidas derrotas; pero ganando en el dominio

de la opinion todo el terreno que solia perder en los campos de batalla. Veámosla, en fin, aniquilando poco á poco, con su fuerza invisible, la potencia del Pasado hasta que llegó el dia en que, dando su acostumbrado grito de ¡Viva la Reforma.....! no contestó el de ¡Viva la Reaccion!

Es que la Revolucion habia triunfado.

¿Donde y como? ¿En Calpúlalpan, por medio de una victoria que abrió el camino de México al gobierno de Vera-Cruz.?

No Señores, el triunfo de las armas lo habíamos conseguido varias veces antes sin resultado mayor.

Lo que la fuerza material dá hoy, mañana lo puede quitar.

El triunfo á que aludimos es un triunfo mas brillante que el de las hazañas militares, un triunfo tan superior á éste como lo es á la materia el soplo divino de nuestro ser moral.

La Revolucion habia triunfado en la opinion de la Nacion. Quedaban disipadas las nubes mas densas del oscurantismo y abiertas, para el futuro, las puertas de la ilustracion nacional.

¿Es decir acaso que no quedaba rastro de oposicion moral ó de oposicion armada? ¿Es decir que las masas, libres completamente de los vinculos de la ignorancia, habian alcanzado el apogeo de la regeneracion social?

No por cierto: pero sí asentamos que en la gran lucha que libraron las preocupaciones del Pasado á las exigencias del tiempo presente es-

tas últimas se sobrepusieron irrevocablemente á aquellas.

Herido de muerte el espíritu de sumision pasiva que dominaba á nuestro pueblo, pudo éste levantar la cabeza y ver en toda su desnudez el ídolo que habia adorado. Atacados de frente la ignorancia y el fanatismo, pedestal sobre el cual habia llegado á levantarse tan alto el principio vencido, tuvo éste que caer en virtud de su propio peso, cediendo el campo á una deidad mas digna del moderno imperio, á la Reforma.

El país saludó su régio advenimiento, cubrióla de hermosas flores, perfumóla con rico incienso y elevó gracias al Todopoderoso por la cesacion de una guerra fratricida, por el feliz término del período de *Destruccion*.

Es que veia la inauguracion de una era nueva: iba á palpar los decantados beneficios de la Revolucion reformista: entreveia á un gobierno fuerte, justiciero y moral cuyos primeros afanes, cuya patriótica solicitud emprenderian desde luego la obra magna de la Reedificacion social.

Arrancadas violentamente las bases del edificio antiguo, habia este caido con horroroso estruendo dejando á los pueblos desamparados, expuestos á la intemperie de las pasiones revolucionarias, sin abrigo positivo contra los malos instintos y sin defensa contra los abusos de la fuerza material.

Inminente era pues la necesidad de levantar, sobre las bases que habia elaborado la Reforma, un nuevo edificio social á cuya sombra pudiera descansar la exhausta Nacion y cicatrizar las

profundas heridas que le habia hecho el período destructor de la Revolución.

El pueblo mexicano tuvo pues un momento de dicha y de esperanza. Dió por bien sufridas las recientes calamidades públicas, por bien vertida su sangre y por envidiable su aflicción pasada con tal de ver á la Reforma descender de las sublimes regiones de la teoría al real y positivo terreno de la aplicación.

¡Ilusiones de un día!

¿Por qué fué tan corta vuestra existencia?
¿Por qué contiene hoy la multitud aquellas muestras recientes de público regocijo? ¿Por qué brotan de nuevo las lágrimas de la Nación?

Es porque el pueblo mexicano ha sido engañado en sus legítimas y halagüeñas esperanzas: porque bajo el ilusorio manto de la Libertad, la Anarquía es la que se ha enseñoreado de la situación: porque terminado el período de la Destrucción no aparece el de la Reedificación social y sigue el país caminando á la aventura en la atmósfera corrompida de un mismo círculo vicioso esperando, de un día á otro, perecer de inanición.

Los momentos mas críticos para la suerte de un pueblo no son los que preceden á su gran convulsión social ni los que coinciden con ella, sino los que la siguen inmediatamente. Estos momentos deciden de la cosecha sagrada de la Revolución por cuyo logro se ha regado tan generosamente la tierra nacional con la sangre y lágrimas de sus hijos.

Durante este tiempo de transición, todas las

clases de la Sociedad, sin distinción de partidos, consideran con ansia la marcha de la cosa pública porque todas han padecido durante la tormenta y todas reclaman un bálsamo para aliviar las heridas que ésta les ha causado.

Por todo el país no se ve mas que la *ruina*, y en todo el país se siente un instinto natural de *reedificación*.

El mismo elemento vencido espera éste nuevo período para ver si puede prescindir de sus antiguas preocupaciones y ódios recientes en obsequio de la paz pública y mediante las garantías que le otorgue la triunfante Revolución.

Pero desgraciada la nación que no aprovecha éstos momentos preciosos, que se embriaga con apreciaciones erróneas de la situación y que se esfuerza en inspirar una seguridad engañadora cuando está inminente un nuevo cataclismo social.

Los himnos extemporáneos á la Victoria, cuando aun no se ha sacado de ésta el debido provecho, estravian la opinión pública y enervan el carácter nacional.

En vista de éstas consideraciones ¿qué sentimientos nos inspira el cuadro que presenta nuestra patria desde que en ella triunfó la Revolución?

¿Qué es lo que hemos alcanzado? ¿qué es del cumplimiento de las seductoras promesas de la Reforma? ¿hasta donde hemos levantado el nuevo edificio social?

Pero seamos menos exigentes é indagemos solamente ¿á donde están las fundamen-

tales garantías de la vida y de la propiedad que sirven de base al mas grosero pacto social?

En vano las buscaríamos en la actualidad bajo el hermoso cielo de México.

Este desgraciado país, despues de las horrosas convulsiones de una crisis terrible, no tiene siquiera los beneficios de la convalecencia y sigue presa de la Destrucion.

Los caminos y aun las ciudades mas populosas, infestados por bandidos, asesinos y criminales de todo género, no presentan seguridad alguna al ciudadano honrado y pacífico.

La agricultura, la industria y el comercio, careciendo de las primeras garantías, están en el último grado de decadencia.

La bancarota nacional, inminente, complica cada dia mas nuestra situacion interior con el amago de las potencias extranjeras.

Presa de las hordas salvajes nuestra frontera septentrional, lo es de hordas civilizadas todo el resto de la Nacion.

Nuestras masas, que de la sublime religion cristiana no conocen mas que el culto exterior, privadas hoy del esplendor con que éste las deslumbraba y alimentaba su fanatismo, no encuentran en su conciencia, para salvarse de la creciente desmoralizacion, los principios profundos y saludables del Evangelio que no se les han sabido inculcar.

En fin, paralizados los nervios vitales de nuestro mecanismo social, no hay ciudadano cuya vida ó cuya propiedad no peligre diariamente entre manos de mil reyezuelos improvi-

sados por el Caos espantoso que nos domina, y que ya con la máscara de la Libertad, ya con la de la Religion, imponen á los pueblos la tiranía mas ominosa, saciando sus mas viles pasiones.

Para obviar á semejante estado de cosas, dos fracciones irreconciliables de la Sociedad y enemigas de todo desenlace político que no sancione precisamente los ensueños de su acalorada imaginacion, presentan á la vez los siguientes remedios:

Por una parte, el partido exaltado revolucionario, atribuyendo el origen de estos males á la brevedad del período de *Destrucion*, quisiera llevarlo hasta el *Terrorismo* que en 1793 asimiló á la Francia á un vasto cementerio y á los Franceses á fieras enfurecidas sedientas de sangre humana; la naturaleza de nuestros pueblos, sus circunstancias presentes y sus antecedentes históricos no llegan á modificar en lo mas mínimo este sistema de salvacion.

Por otra parte, el partido exaltado conservador, atribuyendo á su fuerza intrínseca y á la debilidad de la Reforma los efectos que no proceden sino de la impericia y de la inercia del Poder público, sueña en un despotismo clerico-militar parecido al que llevó á cabo las matanzas de la San Barthelemy y esclama en su delirio *¡la Reaccion ni pide ni da cuartel!*

Así es que ambos partidos exaltados, por no haberse iniciado con tiempo el período de la Redificacion social que hubiera moderado hasta cierto punto su respectiva efervescencia, con-